

BIOÉTICA

EL CONOCIMIENTO DE LA IGNORANCIA: PRINCIPIOS ÉTICOS DEL CIENTÍFICO

El pasado 17 de septiembre moría Karl Popper uno de los más grandes filósofos de la ciencia, que ha desarrollado una influencia extraordinaria no sólo en el campo científico sino también en el social por su defensa de la libertad. En 1934 publicó su primer libro, "La lógica de la investigación", enunciando en la misma su concepción del método científico como camino a seguir para acercarnos a la verdad. Su famoso criterio de la 'falsabilidad' establece que sólo son científicas las teorías cuya falsedad puede ser demostrada por medio de la observación y de la experiencia. La observación y el experimento -según Popper- no pueden nunca probar la verdad de una teoría científica. Las reglas del método científico por él propuesto, conducen a proponer teorías que hagan predicciones atrevidas, contrastándolas severamente con la experiencia y rechazarlas si ésta las refuta. El progreso científico consiste en rechazar teorías equivocadas e ir encontrando y quedándose con las supervivientes, que se aproximan más a la verdad. Con su criterio se pueden diferenciar claramente las teorías científicas de las pseudocientíficas que consiguen explicar a posteriori cualquier cosa que ocurra.

El llega a proponer que todo diálogo racional, es decir, toda discusión encaminada a la búsqueda de la verdad, debe de estar basada en tres principios:

1º) El principio de falsabilidad. Quizá yo esté equivocado y quizá usted tenga razón, pero, desde luego, ambos podemos estar equivocados.

2º) El principio del diálogo racional. Queremos críticamente poner a prueba nuestras razones a favor y en contra de nuestras teorías.

3º) El principio de acercamiento a la verdad con la ayuda del debate. Con las discusiones críticas impersonales podemos casi siempre mejorar nuestro entendimiento; incluso en aquellos casos en los que no se llegue a un acuerdo.

En su discurso de investidura, titulado "El conocimiento de la ignorancia", como doctor "honoris causa" por la Universidad Complutense de Madrid en 1991, él propuso una nueva ética profesional basada en los doce principios siguientes:

1. Nuestro conocimiento objetivo conjetural continúa superando con frecuencia lo que el individuo puede abarcar. Por consiguiente: no hay autoridades. Esta importante conclusión también se puede aplicar a materias especializadas y a campos específicos de investigación.

2. Es imposible evitar todos los errores, e incluso todos aquellos que, en sí mismos, son evitables. Todos los científicos cometen equivocaciones continuamente. Hay que revisar la antigua idea de que se pueden evitar los errores y que, por tanto, existe la obligación de evitarlos: la idea en sí encierra un error.

3. Por supuesto, sigue siendo nuestro deber hacer todo lo posible para evitar errores. Pero precisamente para evitarlos debemos ser conscientes, sobre todo, de la dificultad que esto encierra y del hecho de que nadie logra evitarlos.

4. Los errores pueden existir ocultos al conocimiento de todos, incluso en nuestras teorías mejor comprobadas; así, la tarea específica del científico es buscar tales errores. Descubrir que una teoría bien contrastada, o que una técnica usual práctica son erróneas, podría ser un descubrimiento de máxima importancia.

5. Por lo tanto, tenemos que cambiar nuestra actitud hacia nuestros errores. Es aquí donde hay que empezar nuestra reforma práctica de la ética. Porque la actitud de la antigua ética profesional nos obliga a tapar nuestros errores, a mantenerlos secretos y a olvidarnos de ellos tan pronto como sea posible.

6. El nuevo principio básico es que para evitar equivocarnos, debemos aprender de nuestros propios errores. Intentar ocultar la existencia de errores es el pecado más grande que existe.

7. Tenemos que estar continuamente al acecho para detectar errores, especialmente los propios, con la esperanza de ser los primeros en hacerlo. Una vez detectados, debemos estar seguros de recordarlos, examinarlos desde todos

los puntos de vista para descubrir por qué se cometió el error.

8. Es parte de nuestra tarea el tener y ejercer una actitud autocrítica, franca y honesta hacia nosotros mismos.

9. Puesto que debemos aprender de nuestros errores, asimismo debemos aprender a aceptarlos, incluso con gratitud, cuando nos lo señalen los demás. Y cuando llamamos la atención a otros sobre sus errores deberíamos siempre tener en cuenta que los científicos más grandes los han cometido. Para un ser humano es imposible evitar la repetición de errores, y es importante acordarse de esto a la hora de señalar a los demás sus faltas.

10. Tenemos que tener claro en nuestra propia mente que necesitamos a los demás para descubrir y corregir nuestros errores (de la misma manera en que los demás nos necesitan a nosotros) y, sobre todo, necesitamos a gente que se haya educado con diferentes ideas en un mundo cultural distinto. Así se consigue la tolerancia.

11. Debemos aprender que la autocrítica es la mejor crítica, pero que la crítica de los demás es una necesidad. Tiene casi la misma importancia que la autocrítica.

12. La crítica racional y no personal (u objetiva) debería ser siempre específica: hay que alegar razones específicas cuando una afirmación específica o una hipótesis específica o un argumento específico nos parecen falso o no válido. Hay que guiarse por la idea de acercamiento a la verdad objetiva. En este sentido, la crítica tiene que ser impersonal, pero debería ser a la vez benévola.

J.M. Fernández-Figares (Profesor Titular de Biología Celular).